

LO MISMO DE SIEMPRE

ADELAIDA GIGLI

...“Espectáculo desolador en el orden de la inteligencia: la primacía de las nociones, el entronizamiento de la puerilidad mental, el desarrollo de la indigencia substancial en ampulosos ramajes, la subordinación del espíritu de fineza al manipuleo de la elocuencia verbal, al asesinato de lo auténtico por lo ficticio, el vil culto del énfasis, la reverencia a lo pseudo académico y prócer, el auge de un arte descriptivo, documental y anecdótico, el horror a la sinceridad, al problema como problema, al rigor lógico y a todo, en fin, lo que sea austero y profundo, por cuanto esto no está hecho para los cómodos; en el orden de la cultura: fariseos unguidos; en el orden de la literatura: especies de Urias Heeps oficiando de críticos;... Por la purificación de este clima, nos toca a todos nosotros antes que ganar premios, antes de aplaudirnos mutuamente, antes de sentirnos *eficaces*, luchar.

Trabajar, primero, por librar a nuestra literatura de la supremacía de la letra, vicio que la ahoga, trabajar, luego, por realizar, en los hombres a nuestro alrededor dormidos, la cura por el látigo de la inteligencia, el llamado al orden, *la movilización de las conciencias*.

Basta de engaños: el hombre de nuestra tierra... no es un gaucho indolente y sentimental sino un ser que lleva un grito creador en el alma, un protagonista oscuramente épico, que apenas tiene idea de sí mismo. Para revelar a este hombre lo que verdaderamente es, parece preciso luchar contra él, movilizarlo contra su complacencia pasiva: *instruirlo y exagerarlo*.”

EDUARDO MALLEA (*La responsabilidad de los argentinos* (carta) - Nosotros. 2^a época, año II, número 2, Bs. As., 1936).

Estas palabras de Mallea escritas en 1936, es decir hace quince largos años, puntualizan la crisis que aún hoy conmueve a nuestra literatura. Crisis que ni el mismo Mallea pudo superar, transformándola en orientación definitiva. Aún estamos frente al hombre, frente a nosotros mismos en desesperación, en desconfianza. No nos podemos apoyar en el pasado y no sabemos construir nuestro futuro. O, si lo intuimos, no encontramos al

hombre que lo realice. Ni el mismo Mallea, que reaccionó contra el curso de los acontecimientos, lo hizo. Vislumbró el abismo que se abría entre él y la generación que le precedía, hasta de sus contemporáneos, y lo evidenció. Aborreció las antiguas maneras; negó los cánones regentes y se dió a la tarea, ardua y heroica, de la creación.

Fué una especie de fanatismo: desconoció al gaucho literario, que ya no abastecía sus necesidades espirituales, pero creó otro mito, *el argentino literario*, más complejo e intelectual, que se proyectó en toda su obra.

Quizá su misión, su ineludible vocación, su martirio, tenía otras alternativas. Quizá debió ahondarse y transformarse en filósofo; es decir, permanecer aislado de la crisis que reconocía y crear, no una letanía agónica, sino una nueva religión. Pero al permanecer en *novelista-ensayista*, desvirtuó el alcance de una y otra actitud: al hacer ensayo destruyó la novela y sus posibilidades, y como permaneció en la categoría de la obra de ficción, que todo lo permite, eludió la severidad de sus afirmaciones, la profundidad de sus creencias.

Porque —en cierta medida— se abasteció con el descubrimiento de una actitud crítica. Tanto es así, que se identificó con ella y la exageró, dejándose invadir, fomentándola, robusteciéndola hasta transformar en axiomas los diversos aspectos que extrajo de ella, en afirmaciones irrecusables, en principios aparentemente ineluctables.

Solidificó un descubrimiento hasta transformarlo en conjuro, y ya *la Argentina invisible y su habitante no es más una tesis, sino una realidad literaria, inmutable, anquilosada*.

De la satisfacción, nació la permanencia en un país propio, donde una crítica parcial se transformó en método, al que se aferró sin evadirlo. Porque ya esa primera insatisfacción, es satisfacción. Una nueva ceguera, una nueva actitud legitimada, arraigada, que posee el poder de vetar a los que no son sus partidarios, de desterrar del mundo de los inteligentes al que no participa de ella. Es decir, que cerró las posibilidades que le ofrecía la conciencia crítica, amparándose en una modalidad que, de desarraigado, se convirtió en comodidad, en brillantez, en categoría.

Ya no le son extrañas las cosas del mundo y sus contornos. Su queja es pura ficción, fórmula, costumbre, manera. Es firme concepción del mundo. Es confianza, es afirmación.

Pero esta afirmación es sólo válida para su mundo individual; porque para nosotros no presenta una superación sino un reclamo, una rebeldía. Para nosotros no supera la crisis en que vivimos, sino que solamente la afirma, la evidencia.

Nosotros aún estamos dispuestos a hundirnos, a perecer. No hemos podido construir una realidad que nos dé arraigo, creencias, fuerza, claridad; que nos libere de la crisis. Porque esta crisis tan prolongada se está transformando en estado normal y efectivo; al no superarla nos enraizamos en ella, y es ella, ya desvirtuada de sus primeras características, nuestra realidad. Y permanecemos desnudos, ávidos, atónitos. Estamos sin pasado, no podemos asir el futuro. Estamos como hace quince años, como siempre, pero *somos una generación denunciacionista*. Las palabras que usó Mallea son las nuestras. Las identificamos plenamente. Las renovamos. Aún buscamos la *autenticidad*. Es un clamor que parece trasnochado por haberlo reiterado tantas veces, ya se llega —incluso— a no creer en él, a considerarlo una invención, estéril fórmula para conjurar una nacionalidad, una esencia, que estamos aferrados en afirmar. Por eso, muchos son los que no lo mencionan más, y otros, los que lo niegan. Y el resto, los demás, están simplemente aburridos. Pero para los que el problema de la cultura nacional, americana, no se soluciona con el recibo mensual de publicaciones francesas, éste es el único clamor. Vivo, muy vivo, y no nos podemos desprender de él.